

# HOMILÍA DE MONSEÑOR ROMERO AL REGRESO DE SU VIAJE A ROMA

**13 de Mayo de 1979**

V Domingo de Pascua

*Hechos 9, 26-31*

*1 Juan 3, 18-24*

*Juan 15, 1-8*

Queridos hermanos:

Yo siempre creo que lo mejor de un viaje es el retorno al hogar. Se aprende mucho, se viven experiencias nuevas, se enriquece la vida pero, sobre todo, cuando uno va como peregrino y como Pastor, todo ese enriquecimiento, todas esas experiencias las asimila en función de la casa que se le ha confiado. Trayendo, pues, a ustedes de Roma emociones nuevas, impresiones nuevas, mi retorno a ustedes es lo más grande de mi viaje y les agradezco que en esta iglesia de El Rosario, convertida en un hogar donde estamos como en familia, me hayan dado una acogida tan calurosa que para mí es un nuevo motivo de estímulo para seguir conviviendo y compartiendo las alegrías y las tristezas, las preocupaciones, las tragedias, las angustias y las esperanzas de este pueblo que, juntos, vamos peregrinando.

Motivo principal

Como ya les dije al principio, el motivo principal de mi viaje a Roma fue atender una amable invitación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata, cuyo fundador el P. Francisco Coll Guitart, iba a ser beatificado hace 15 días, el domingo 29 de abril. Eran dos los nuevos hombres elevados al honor de los altares: junto con el P. Coll estaba otro misionero francés, el P. Santiago Desiree Laval.

La Basílica Vaticana, la más grande del mundo, era incapaz de abarcar aquella muchedumbre que tuvo que quedarse gran parte afuera y que aplaudía enardecida en el momento en que, después de cantar como lo hemos hecho hoy: "¡Señor ten piedad!", los postuladores de las causas de beatificación le pedían al Papa la gracia de proclamar, con su magisterio supremo de la Iglesia, que estos dos hombres merecían el honor de los altares y ser propuestos como modelo de virtud al pueblo cristiano de todo el universo. En respuesta, el Papa pronuncia las palabras que decretan la beatificación. Es un paso ya próximo a la canonización cuando un hombre es autorizado para recibir el culto de la Iglesia Universal. El P. Coll queda ya en ese proceso, cercano a la canonización. Esperamos verlo llegar muy pronto.

Cuando el Papa lee ese decreto de la beatificación, se descorre la cortina que cubre las imágenes de los dos nuevos beatos en la gloria de Bernini -que es como el fondo de la Basílica- una inmensa imagen de siete metros; en la proporción de la Basílica parece tan natural; queda descubierta y se ilumina ante la alegría de todos que siguiendo la invitación del Papa cantaban: --"Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor". Y prosigue la misa, ya frente a dos nuevos santos que la humanidad ha podido ofrecer al Señor.

A pesar de todo lo hermoso de esto y de las ceremonias que luego se sucedieron, yo quiero aquí compartir con los PP. Dominicos la alegría que traigo de haber estado en la casa generalicia, de haber estado en la iglesia principal de los Dominicos, Santa María de la Minerva, donde se tuvo una Misa solemne en honor del nuevo Beato; y después en la iglesia de los PP. Claretianos, ya que el P. Claret, fundador de los Misioneros del Corazón de María, tuvo gran amistad con el nuevo Beato.

Peregrinación por la cuna del Santo

Luego, pasando por España siempre en la misma peregrinación, visité los lugares donde nació y donde ejerció su ministerio sacerdotal Francisco Coll. Creo que termina esta peregrinación ahora aquí con todos ustedes, mis queridos hermanos, presididos por la comunidad de los PP. Dominicanos y las Hermanas Dominicanas de la Anunciata, que quieren así unirse en el fervor de esta iglesia dedicada a la Virgen del Rosario y a su fundador, al honor que le tributan al nuevo Beato en todo el mundo ya que es una Congregación esparcida por muchos horizontes de nuestra geografía.

Urgencia de regresar: noticias del país

Estando allá me llegaron las noticias de la triste situación de nuestra Patria. Y es penoso sentirse señalado fuera del país, como viviendo en un país donde la violencia parece como la respiración cotidiana. Se ven, allá fuera, versiones que aquí adentro no las podemos ver, se tienen impresiones más crueles de las que aquí mismo vemos; pero, a veces, la insensibilidad de Europa frente a América hace sentir el corazón más dolorido y sentirse uno de América Latina en Europa, como un misionero, como un despertador de la conciencia, de la fraternidad universal para pedir comprensión y amor para nuestras grandes problemáticas de América Latina.

En este sentido pude cumplir ese deber cuando me llamaron a una entrevista en Radio Vaticana, cuando tuve oportunidad de platicar con el mismo Santo Padre y con otros colaboradores suyos en el gobierno central de la Iglesia y en todo lo que fue ese viaje de peregrinación: no solamente con mi fe, sino también con mi gran amor al País para traer nueva fortaleza, nueva iluminación. ¡Cómo quisiera yo que al regresar, queridos hermanos, pudiera darles a todos ustedes ese optimismo, esa alegría, esa esperanza, esos aires nuevos que nuestra fe cristiana produce donde quiera que se va implantando!

La Palabra de hoy coincide con el mensaje de los dos nuevos Beatos

Por eso creo que el mensaje que vamos a sacar de la palabra de Dios puede prescindir de un viaje a Europa, de unas impresiones tan grandiosas como las que yo he vivido, porque tenemos siempre la fuente que alimenta aquella misma santidad y aquella misma grandeza del culto, de la liturgia, del Papa y de los obispos de todo el mundo, aquí en nuestro marco concreto de El Salvador. La palabra de Dios se hace nuestra y el mensaje de Dios, que todos los domingos y todos los días se proclama desde el altar de la Iglesia, tiene que ser alimento de vida.

Me acuerdo cuando el Papa, describiendo la figura de los nuevos beatos, hablaba precisamente del Tiempo Pascual que hemos tratado de vivir desde la Cuaresma como preparación y, ahora, como ir recogiendo los valores que la Redención de Cristo nos ha dejado al morir el Señor en la cruz y al resucitar, ofreciéndonos una nueva vida, alegría, esperanza. El mundo se ilumina a pesar de sus tragedias y de sus dolores con esta esperanza y esta fe de la palabra de Dios, de nuestro creer y esperar en el Cristo que vive y no morirá jamás, y que tiene el poder para salvar a todos los pueblos. El Papa decía: "este mensaje de Pascua se hace más luminoso ahora, cuando podemos presentarlo encarnado en dos hombres de esta tierra y casi contemporáneos nuestros. Cristo sigue siendo el atractivo, desde su eternidad, para todos los hombres que quieren hacer el bien a sus hermanos".

Y empezó el Papa a iluminar la figura de los dos beatificados como grandes evangelizadores, como grandes catequistas, como hombres que en ambientes políticos, difíciles como los de nosotros, supieron ser superiores a toda desesperación; y, aun, como el P. Coll, teniendo que sufrir las consecuencias de la persecución que cerró los conventos dominicanos y tuvo que emigrar, llevar por el mundo -sin contar con la protección de un convento-, su vocación dominicana que lo hizo tan fecundo hasta producir esa obra maravillosa de la Congregación de las Religiosas Dominicanas de la Anunciata que prolongan en el mundo su espíritu.

Por eso, volvamos a las páginas de la Biblia; abramos allí el mensaje que se nos ha leído hoy. En el domingo de hoy hay una frase que da el tema a nuestra reflexión. Dice Cristo en el Evangelio: "Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos".

[...]

### La vid y los sarmientos

He pasado por los campos de Europa precisamente hoy cuando comienza la primavera. Uno de los espectáculos más primorosos de la primavera que comienza son los viñedos que comienzan a retoñar. En Europa pasa el invierno frío como la muerte, ha dejado sin hojas la vegetación, entre ellos las vides. Los que cultivan las vides cortan toda la ramazón y dejan solamente la cepa, el tronquito. Esos tronquitos, esas cepas, están retoñando ahora. Vieran qué gusto da ver como que la vida comienza en aquella muerte y esas ramitas que ahora son tiernas, en mayo van creciendo y se van extendiendo y les ponen en qué apoyarse porque luego comienzan a echar los racimos de uva. Allá por agosto, en lo que se distingue bien el calor del verano, comienzan a recoger los racimos de uva.

Entonces comprende uno la comparación de Cristo: Yo soy la cepa, Yo soy como el tronquito que está en la tierra sacando el jugo, la vid; las ramitas son ustedes y si permanecen unidos a esta cepa, comenzarán a producir los grandes racimos. Y mi Padre es el agricultor, Él cortará esos racimos para que echen más, para que produzcan más. Permaneced unidos conmigo; si no permanecéis unidos conmigo, moriréis. "Sin Mí nada podéis hacer".

No se trata del hacer natural, hay muchos pecadores que están haciendo mucho. Todos los trabajos de la tierra se pueden hacer sin vivir en gracia de Dios; y hasta puede darse el caso que un profesional, un artista, un artesano sea buen profesional, buen artista y no se preocupa de vivir en gracia de Dios; pero todo lo que está produciendo es como una cepa arrancada, no circula por allí la vida de la vid; no está unido a Cristo y puede producir muchos frutos en la tierra, grandes organizaciones, pero no produce para la vida eterna. Cuando Cristo dice: "Sin Mí nada podéis hacer" se está refiriendo a ese quehacer que permanece para la vida eterna. Ese quehacer que cuando se trata de un P. Coll o de los hombres que han sido beatificados, o aunque no hayan sido beatificados, cuántas de nuestras gentes -humildes mujercitas de nuestro campo, hombres honrados de nuestros pueblos- han vivido preocupados de permanecer unidos a Cristo; a la hora de la muerte son felices, sus manos están llenas de racimos, obras buenas para la vida eterna que nadie se las puede quitar. ¿De qué sirve pasar la vida únicamente para hacer dinero, únicamente para estar bien y estar subiendo políticamente, si cuando menos se piensa se corta la vida? y ¿qué queda de todo lo que aquí en la tierra se ha trabajado? Solamente queda esa unión con Dios.

[...]

En primer lugar, esta comunidad que trata de ser fiel al Señor y con la cual es mi gran responsabilidad de Pastor, yo la siento casi palpable esta mañana, en esta misa, en que la Arquidiócesis se une a la alegría de las Hermanas Dominicas y de los Padres Dominicos ya que el P. Coll vestía el hábito dominico. Era un dominico, un hijo de Santo Domingo de Guzmán, y el espíritu de Santo Domingo lo irradió y lo heredó a esta comunidad de las Dominicas de la Anunciata. Cuando ellos, los Padres y las Religiosas, bajo esta inspiración están haciendo tantas obras entre nosotros, toda la Arquidiócesis se alegra como se alegra con los diversos carismas de las diversas congregaciones, de las diversas parroquias y comunidades; ya que entre todos le damos la riqueza espiritual y verdadera de nuestra Iglesia.

A este propósito, me alegro con una comunidad que cuenta con sacerdotes y religiosas -que según me han contado- han sido un modelo de participación en la angustia del pueblo

cuando se ofrecieron el 8 de mayo a ir a colaborar en el hospital y a limpiar, vestir y a sepultar a los muertos que quedaron en la Catedral. Yo me siento verdaderamente orgulloso de que haya en nuestra diócesis una comunidad donde religiosas de diversos sectores, de diversas congregaciones, al llamamiento de la necesidad en el mundo, dejan una reunión de pastoral y se van a servir, ¿en qué podemos servir al hermano?, en quien quiera que sea. Esta comunidad también siente que es suyo el problema de todos los que la componemos.

[...]

Recordemos que el centro de nuestra predicación y de nuestra reflexión: "Yo soy la vida y vosotros sois los sarmientos. Permaneced unidos conmigo". Sólo esto nos puede dar la verdadera dignidad y la verdadera libertad. No nos dejemos ilusionar por apariencias de libertad. Busquemos la libertad en la verdad y la verdad está solamente donde está Cristo: "Yo soy la verdad".

El Cristo que nos ofrece este gran don de la Pascua, el don de su gracia, la participación de su vida y de su verdad, nos está esperando en el altar. Y esta vez para recibir con agasajo de agradecimiento a las Hermanas Dominicas de la Anunciata y a los Padres Dominicos, ofreciendo un hermano, flor de santidad, para el cielo; y a toda la comunidad de la diócesis de la que yo quisiera decir la hermosa frase de la primera lectura de hoy: "La Iglesia iba creciendo en fidelidad al Señor y se movía impulsada por el Espíritu de Dios". Así sea...